

CON
JOSE
TAMAYO

LUCES DE BOHEMIA



UN TEST A LA SOCIEDAD MADRILEÑA

EL acontecimiento teatral más importante del último cuatrimestre tal vez ha sido, en Madrid, el estreno de «Luces de bohemia». Otros hubo, positivos y negativos, que también podrían figurar en este, dicho sea en términos escolares, «recuadro de honor». Acaso «Luces de bohemia» gane, sin embargo, porque la obra está en cartel y el lector puede comprobar y contrastar por sí mismo lo que aquí declamos. También cuenta el hecho de que «Luces de bohemia» se ha hecho en muchas capitales españolas antes de estrenarse en Madrid. Lo que quiere decir, en suma, que hablamos de un hecho teatral mayoritario, liberado de ese fastidioso tono elitista, por no decir clandestino, que tan a menudo, y para su mal, cualifica a muchos fenómenos fundamentales de la vida escénica española.

El «protagonista» del acontecimiento es don Ramón María del Valle-Inclán. Pero el dramaturgo murió en el año 36, «poco antes de la guerra». Por eso hablamos con José Tamayo, empresario del Bellas Artes y director de la puesta en escena. Un director, dicho sea de paso, que abrió su teatro, hace algunos años, con otra obra de Valle-Inclán, «Divinas palabras», después de intentar inútilmente montarla en

el Español y verse obligado a sustituirla —para que la parábola resultase inequívoca— por una graciosa comedia de los hermanos Alvarez Quintero...

—¿Dónde estrenastels «Luces de bohemia» y dónde no pudistels representarla?

José Tamayo: «Hemos sobrepasado con creces lo que podría calificarse de minoría».



—La obra la estrenamos en Valencia, dentro de la Campaña Nacional, el día uno de octubre del año pasado. Luego la hicimos regularmente en una serie de ciudades, hasta que llegó el mes de diciembre. Con motivo de lo que ocurrió por entonces, no pudimos representarla en Bilbao, San Sebastián y Navarra. Nuestra actuación en esas plazas se vio afectada por las protestas del público y de la prensa, que nos exigían «Luces de bohemia». Los periódicos de Pamplona fueron en este punto particularmente incisivos.

—¿Hacéis la versión íntegra? Se dice que habéis «peinado» el texto después del estreno en Madrid...

—La verdad es que, y por nuestra propia iniciativa, hemos quitado dos palabras. Se prestaban a asociaciones inmediatas y anecdóticas que podían entorpecer la representación regular de la obra.

—¿Cuál es la historia de «Luces de bohemia» respecto de la censura española? ¿Cuándo quisiste tú montarla por primera vez?

—Existía un viejo dictamen, de la época en que era ministro de Información y Turismo el señor Arias Salgado, que afectaba a más de trescientas palabras. Hace tres o cuatro años, siendo ministro el señor Fraga Iribarne, me interesé

yo por el estreno y pedimos un nuevo dictamen. Prohibieron más de novecientas palabras, y escenas como la de Max Estrella y el anarquista catalán estaban totalmente suprimidas. Con la llegada al Ministerio del señor Sánchez Bella se planteó otro criterio: la obra sería autorizada o prohibida en su totalidad. Afortunadamente se decidió lo primero, y es justo elogiar en este punto la posición y las gestiones de Carlos Valle-Inclán, el hijo del escritor. Yo había presentado un recurso contra la decisión anterior...

—La obra la estrenó José María Rodero, que hizo el Max Estrella en muchos lugares. En Madrid, el personaje lo hace Carlos Lemos. ¿Qué diferencia existe en su trabajo?

—Rodero interpretaba un Max Estrella más cerebral, más frío; Lemos lo concibe de un modo más humano, más cálido. Lo que no quiere decir que Lemos no esté igualmente esperpéntico...

—Hay, sin embargo, quien reprocha a tu montaje cierta blandura, un exceso de sentimentalismo. El cotejo entre el trabajo de Lemos y de Agustín González puede ser interesante en este aspecto.

—Entre Lemos y Agustín González existe, en efecto, una diferen-

cia, porque este último está, en la concepción del personaje y en los resultados alcanzados, en la línea de Rodero. A mí me parece que el contraste actual no sólo no perjudica, sino que enriquece la representación.

—¿Qué opinas del público de «Luces de bohemia»? ¿Tiene alguna característica que lo diferencie de los públicos habituales?

—Su comportamiento es ejemplar. Lo coge todo. Se ríe y aplaude donde hay que reírse y aplaudir. Abunda la gente joven. Y jamás han provocado un incidente. Yo mismo estoy un poco sorprendido ante el número y la calidad de ese público.

—¿Y la crítica?

—Bastante bien.

—¿Y qué opinas de esos textos empeñados en decir que «Luces de bohemia» pertenece a otra época?

—Hombre, si no tuviera nada que ver con nosotros, no la pondríamos ni vendría el público. La obra es, como quien dice, de hace cuatro días, de mil novecientos veinte. Por lo demás, y el propio Valle lo escribió, su teatro se anticipó, era un teatro del futuro...

—Eso liga perfectamente con una doble experiencia tuya. Cuando estrenaste «Divinas palabras» hubo críticos y espectadores que se quedaron con la boca abierta, porque para ellos, hasta ese momento, Valle era un «gran escritor», pero un pésimo dramaturgo. Yo creo que «Luces de bohemia» habrá vuelto a orientar a los que, desde la concepción de un Valle «comprometido», se quedaron desconcertados ante «La marquesa Rosalinda» e incluso «Romance de lobos»... ¿Hicisteis integrar la versión de «Divinas palabras»?

—La censura había quitado algunas cosas. Suevos, que era enton-

ces el director general, medió para que don Ramón fuera respetado. Torrente Ballester hizo finalmente una refundición en la que, la verdad, sólo faltaban algunas palabras que se juzgaron demasiado «gruesas» para decirlos en un escenario. Lo cierto es que cuando estrenamos «Divinas palabras» se consideró una audacia, y hoy ya es un título clásico.

—¿Qué destino prevés para «Luces de bohemia»?

—La obra estará en cartel mientras vaya público. Hasta la fecha, constituye el mayor éxito del Bellas Artes en toda su historia. No sé hasta dónde estamos trabajando para un sector que se agotará pronto o hasta dónde vamos a llegar a una zona mayoritaria. En este sentido, quizá se trata de un «test». Aunque una cosa es ya segura: hemos sobrepasado con creces lo que podría calificarse de «minoría».

—Dentro de su extraordinaria agudeza y calidad, parece obvio que la obra se resiente un poco en los cuadros finales, cuando desaparece de escena Max Estrella. ¿Hasta qué punto el representarlos íntegros no puede contemplarse como «un acto de respeto»?

—Tienes razón. Yo creo que los tres cuadros finales hacen falta, pero que, desde el punto de vista estrictamente teatral, deberían abreviarse. No lo hemos hecho porque podía haberse interpretado equivocadamente y pensar el público que es que no queríamos o no podíamos hacer la obra íntegramente.

—Quedan aún dos esperpentos de Valle por «tocar»: «Los cuernos de don Friolera» y «La hija del capitán»...

—Estamos aún en «Luces de bohemia». Cuando esto acabe volveremos a la carga... ■ JOSE MONLEON. Fotos: MANUEL S. URÍA.

Don Latino de Hispalis y Max Estrella (Agustín González y Carlos Lemos): los dos personajes fundamentales del esperpento valleinclanesco.



Boyman pone Lana turaleza en sus trajes

El sistema Boyman consiste en la adaptación de las distintas piezas del traje previamente preparadas en las distintas tallas, de modo que constituyan la forma ideal para cada persona. Y Boyman pone la etiqueta Marca Lana en sus trajes de Purá Lana Virgen, la fibra más natural del mundo. Busque la Marca Lana en las prendas Boyman.

PURA LANA VIRGEN

Boyman